

EL MUNDO DE LAS AVVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ↔ BARCELONA, febrero de 1896 ↔ NÚMERO 70



147

LA HERENCIA DE UN CÓMICO

POR
PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

—Mi buen señor,—dijo;—quiero explicaros todo mi pensamiento. Os he seguido paso á paso desde hace un año, y me parecías ser un verdadero descubrimiento para la ciencia. Un hombre sin corazón, valiente, impío, que hollaba bajo sus pies el respeto que se debe á los muertos, las consideraciones que merecen los vivos, el honor, el amor, la probidad... Todo esto era hermoso, demasiado hermoso para ser verdad. Os habéis engañado á vos mismo, y por consecuencia de esto me habéis engañado. No sois nada de eso.

—¡Ah, doctor!

—Sois un fanfarrón del vicio, un hombrecillo ridículo.

—¡Doctor!

—Dejadme concluir. Sois supersticioso como un campesino, enamorado como un estudiante, y, en una palabra, digno de piedad.

—Pero, doctor...

—Por todo ello no tenéis necesidad de mí. Yo no soy un confidente de melodrama, y no me halaga la idea de veros derramar en mi seno las lágrimas y los suspiros de amante engañado.

Samuel pegó un salto y exclamó:

—¡Doctor! ¡Cuidado con lo que decís! ¡Estás calumniando á Raquel!

El doctor contestó con una carcajada, diciendo luego:

—Sois un simple. Adiós.

Y dió un paso hacia la puerta, dejando aterrado á Samuel.

Pero en el momento en que iba á franquear el umbral volvióse y pronunció estas palabras con acento burlón:

—Creedme: buscad á Eva por todo el mundo, casaos con ella y vivid como un hombre vulgar. Tal es la suerte de vuestra incompleta naturaleza. Lovelace y D. Juan os vienen demasiado anchos, y harían saltar vuestra piel si pretendierais encerrarlos en ella.

Y el doctor se marchó sin cesar de reír.

Samuel lanzó un grito de dolor y de cólera, y no tuvo valor para detenerlo.

Durante largo tiempo permaneció sumido en triste sueño, pensando en Raquel, execrando á Singleton y sin advertir que, desde la marcha del mefistofélico doctor, sólo un nombre erraba en sus labios:

—¡Eva!

XIV

Sin embargo, Samuel no ha roto sus relaciones con la condesa.

La bella Raquel continúa amándole.

Aun aquella mañana ha respirado él su aliento; sus labios se han unido, y ella le ha dicho:

—Hasta la noche.

—Por qué, pues, aquella tristeza?

—Por qué la nube que se cierne sobre la frente del antiguo estudiante de Heidelberg?

—Quién diría que es un amante afortunado al verle pasear con paso designado y brusco, frunciendo el entrecejo y apagado el brillo de su mirada?

Son las diez de la noche. La oscuridad ha reemplazado á la luz del día, y el bulevar ha recobrado su guirnalda de luces de gas.

Samuel se dirige hacia la calle de la Arcadia, la calle que se extiende detrás del jardín de la condesa.

Allí existe una puertecilla cuya llave tiene Samuel.

Pero esta vez introduce en vano dicha llave en la cerradura.

Deben haber echado por dentro algún misterioso cerrojo.

La puerta resiste.

Entonces, acometido de súbita rabia, Samuel da la vuelta, llega á la calle de Anjou y llama á la puerta principal de la casa.

Pasa con aire orgulloso y amenazador, diciendo su nombre al suizo en pie en el umbral de su puesto.

El suizo saluda y sonríe con aire burlón.

En el primer peldaño del vestíbulo hay un criado, que dice á Samuel:

—La señora condesa ha salido.

—¿A dónde?

—Lo ignoro.

—Está bien. La esperaré.

El criado se inclina.

Samuel entra en la casa, con el aspecto de un hombre que tiene motivos para creerse allí el amo, y llega hasta el tocador de la condesa.

En la chimenea arde un buen fuego; sobre el velador hay un libro abierto y sobre el libro una carta.

Esta carta, cuyas lindas patas de mosca ha reconocido Samuel, le está dirigida.

Y Samuel la abre precipitadamente.

«Amigo mío,—dice la condesa;—sospecho que acudiréis á la cita; y como no me encontraréis, os dejo estas cuatro letras.

»Volved á vuestra casa hacia media noche y encontraréis noticias mías.

»Raquel.»

Samuel se pregunta qué extraño capricho ha impulsado á la condesa á proceder de un modo tan misterioso, y de pronto piensa en Singleton.

—Oh los presentimientos de los celos!

Samuel abandona como un loco el tocador; atravesía las salas, los corredores y el patio como un ladrón que huye.

Detrás de él los criados sonríen, y el suizo murmura:

—Uno más que forma en la lista de los despedidos.

Samuel corre al club de los Menores; conser-

va aún una vaga esperanza: la de ver allí a Singleton sentado ante una mesa de *baccara* ó de otro cualquier juego.

Si Singleton está en el club, las celosas sospechas de Samuel se desvanecerán inmediatamente.

La condesa cenará, sin duda, fuera de casa, y luego... ¡quién sabe!... tal vez se arriesgue hacia la media noche á penetrar en el domicilio de su amante.

El antiguo estudiante penetra en el círculo, recorre las salas y pasa del billar al salón de juego.

Singleton no está en ninguna parte.

Pero de pronto entra el vizconde de R. Este personaje mide cuatro pies y ocho pulgadas. Su bisabuelo figuró en el famoso *Combate de los Treinta*; su abuelo se ahogó en el Beresina, y él todas las noches de Carnaval tiene querellas en los salones del café Inglés.

—Señores,—dice, haciendo al entrar gran estrépito;—tengo que daros una noticia.

—¡Bah!—murmuran los circunstantes.

Samuel presta atención.

—Singleton parte.

—¡Ah!

—Más bien: ha partido.

El corazón de Samuel late con violencia, y, acercándose al vizconde,

—¿A dónde va el Sr. Singleton?—pregunta.

—¡Misterio!

Y, al pronunciar esta palabra, el vizconde toma todo el aspecto de un traidor de melodrama.

—Pero ¿qué hay?—preguntan varias voces.

—Señores,—prosigue el vizconde;—Singleton tiene una aventura.

Samuel se estremece, y el narrador continúa:

—Una mujer joven y bella (como dicen las novelas) le ha abierto su corazón. Esta tarde han partido en un tren exprés. ¿A dónde? Lo ignoro.

—Y esa mujer,—pregunta Samuel con alterada voz,—la conocéis?

—No.

—¿La habéis visto?

—No he distinguido más que una envoltura de gasas y seda que subía á un carroaje.

Samuel no quiere oír más.

Se va del círculo y entra en su casa.

Van á dar las doce.

En el momento en que franquea el umbral de la puerta de su hotel, su corazón late apresuradamente.

¡Quién sabe! Tal vez ella esté allí.

Pero el conserje le entrega un pliego sobre el cual hay estas palabras:

TELEGRAFIA PRIVADA

SERVICIO DE NOCHE

Señor barón Samuel Kloss

Samuel abre el despacho y lee:

«Havre, doce noche.

»Vapor humea. Marcha á las dos. Singleton

me acompaña. Para detalles, carta dejada á vuestro criado. Adiós.

»Raquel.»

Samuel se apoya contra el muro para no caer.

Durante algunos minutos, semejante á un cuerpo sin vida, pasea á su alrededor una mirada espantada.

De pronto exclama:

—¿Dónde está Germán?

Germán es el ayuda de cámara.

—Ha salido,—responde el conserje;—pero yo sé dónde encontrarle. Está en el *Café de los Criados*, en la esquina del arrabal y la calle de la Pepinière.

Samuel se adelanta, baja corriendo el arrabal, y penetra como un loco en el llamado *Café de los Criados*.

Este es el club de la gente de alta librea.

Allí todas las noches, *grooms*, ayudas de cámara, cocheros y lacayos juegan al *whist* y al billar, y discuten sobre la nobleza y fortuna de sus respectivos amos.

Germán, el ayuda de cámara de Samuel, juega al billar.

A la vista de su señor, se encoge ligeramente de hombros.

No le gusta ser estorbado.

Pero la mirada de Samuel echa chispas, y Germán, humilde y obsequioso por naturaleza, deja su partida y se adelanta, gorra en mano, hasta su señor.

—¡Torpe! —le dice Samuel. —¿Tienes una carta para mí?

—Sí, señor barón.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana.

—¿Por qué no me la has dado?

—Señor,—responde insolentemente el criado,—la señora condesa de M. me ha dado veinticinco lises para que la obedeciera.

Y entrega la carta á Samuel.

Este se escapa. No quiere avergonzarse ni llorar delante de lacayos; pero una vez en la calle, sube á la acera, y, apoyado en la pared, á la luz de un farol, abre la carta de Raquel.

Dice así:

«Amigo mío:

»¡Todo pasa, todo cansa, todo se rompe!

»Os habéis batido con D. Ramón y le habéis puesto á las puertas de la muerte; pero no le habéis conocido.

»Tenía un alma de fuego; su voz era una armonía sin límites; su corazón un tesoro.

»Cuando me amaba, las mujeres estaban celosas.

»Ha puesto un trono á mis pies.

»Pues bien: un día á ese hombre tan hermoso, tan bueno, tan franco, tan digno de ser amado y hasta adorado de rodillas, le he tomado horror.

»Y ¿sabéis por quién?

»Por un insolente aventurero que venía de no sé dónde.

»Le conocéis, ¿no es verdad?

»Ahora es ocasión de repetir mi proverbio.

»¡Todo pasa, etc.!

»Pues bien: parto. Me voy al Havre con un hombre que es infinitamente superior á vos, puesto que ha hundido su espada en vuestra pecho.

»Una vez en el Havre, nos embarcaremos en un vapor: vamos á recorrer la Inglaterra y la Escocia.

»Tal vez vayamos á América.

»Sin embargo, amigo mío, no quisiera que pensaseis mal de mí.

»Singleton no es mi amante, no lo será jamás y no cuento casarme con él.

»Le he alquilado para que me acompañe. Se alquilan mozos como se alquila una silla de postas.

»Singleton, pues, me acompaña, y tiene la misión de mataros si os atrevéis á perseguirme y á volver á mi lado. Como Singleton es el único hombre á quien tenéis miedo, parto tranquila.

»Adiós, y que no os vuelva jamás á ver.

»Raquel.»

Samuel, después de leer esta carta, cayó hacia atrás.

En aquel momento una mujer pasaba á pie por la acera y se le acercó dando un grito.

La mirada moribunda de Samuel la reconoció.

¡Era Eva!

XV

Más allá del puente de Saint-Cloud, al borde del cercado que domina el Sena y de lo alto del cual París y el bosque de Boloña muestran su panorama grandioso, hay una casita blanca que ve la salida del sol.

Al rededor de la quinta se amontona el verde musgo entre el cual se elevan blancas estatuas.

Las ventanas se abren para dejar paso al viento fresco de la mañana, y una de ellas encuadra una cabeza pálida y febril: es la de Samuela.

Su vista interroga al horizonte.

En el horizonte del bosque, los blancos y siniestros caminos que vienen del lago pasan junto á la cascada, atraviesan el campo de carreras y van á terminar en el puente de Saint-Cloud.

Allí los caballeros se cruzan, los carruajes luchan en velocidad.

La mirada penetrante de Samuel busca á alguien en este mundo hípico, que toma por arena ordinaria el bosque.

Pero ved venir, rápido como un rayo, el tipo árabe, de espesa crin, que flota al rededor de lasbridas.

Sus cuatro patas, vírgenes de hierro, hacen volar los guijarros; su aliento es de fuego; su carrera es la de los caballos que el poeta alemán ha cantado en la *Balada á Lenora*.

»A quién sostiene el noble animal de las llanuras arenosas de Nubia?

»Cuál es la mano de acero que dirige aquel tipo fogoso?

Es una mano blanca y diminuta: la mano de una joven de cabellos de oro y ojos azules.

Descuidada, se deja llevar por el ágil y nervioso caballo del desierto, más firme que los antiguos caballeros de Yugurta.

Montado en un doble *poney* de Escocia, un joven la sigue de lejos. Y, sin embargo, el caballo es veloz y tiene en su genealogía un antepasado procedente de los antiguos trotadores americanos.

La amazona va vestida de azul, y por sombrero lleva una pequeña toca adornada con plumas.

El caballero que la acompaña lleva botas de montar, y su traje lo forman un redingote oscuro, un pantalón gris y una gorra.

Es un estudiante alemán.

Ciertamente que el que le hubiese visto diez y ocho meses antes, corriendo por el camino de Kurb-stein á Heidelberg, agarrado con las dos manos á la crin de *Relámpago*, le costaría trabajo reconocerle ahora, viéndole montado elegantemente en su estrecha silla inglesa.

Este estudiante se llama Fritz; Fritz, el malvado de diez y ocho años, que se mostraba orgulloso de ejecutar las órdenes de Samuel y que preparó la odiosa comedia del *Unicornio*.

En cuanto á la joven que galopa á cien pasos delante de él, ya lo habréis adivinado: es Eva; Eva, la rubia pupila del buen Kloss, la divina criatura que Samuel quería hacer su querida, á la que ha buscado tanto tiempo y á la que ha encontrado, por fin, una noche en lo alto del arrabal, cuando caía al suelo, aterrador por la carta de despedida de la condesa Raquel de M.

La mirada ardiente y febril de Samuel ha reconocido el caballo árabe y la amazona azul. Y su corazón ha latido más de prisa, y un grito de alegría se ha escapado de sus labios.

Después se ha vuelto violentamente hacia atrás, y, mirando á un personaje grave y silencioso que hojea un libro sentado ante un vendedor, dice:

—¡Miradla! ¡Miradla!

El doctor sonríe.

—¡Ah, mi pobre y querido señor! — dice. — ¡Qué bien hice en no partir el día en que me despedí de vos! Sin más cuidados, ya estaríais muerto.

—Lo temo, doctor; pero convenid conmigo en que la divina criatura que responde al nombre de Eva ha tenido mucha parte en mi curación.

—Sea. De modo, que ¿habéis olvidado á la condesa?

—Como un mal sueño.

—Y ¿amáis á Eva?

—¡Ah, doctor!

Samuel ha puesto toda su alma en esta exclamación.

El doctor se encoge imperceptiblemente de hombros.

—Decididamente,—dice,—sois el hombre que yo creía.

—¿Qué hombre, doctor?

—Un fanfarrón del vicio, un corazón aturdido, pero no corrompido; un futuro buen hombre que adorará á su mujer y tendrá muchos hijos.

—¡Y bien! ¿Qué importa, si soy así dichoso? ¡Ah, querido amigo! Si supieseis lo que ex-

—¡O, lo juro!

Una imperceptible sonrisa de satisfacción se desliza por los labios del enigmático doctor.

Pero Samuel no la ha sorprendido.

El joven se ha lanzado fuera de la estancia, baja corriendo la escalera y vuela al encuentro de Eva.

La joven amazona franquea la verja de la quinta; déjase deslizar de su caballo, y Sa-



—¡Mi padre! —repite Samuel, espantado (Pág. 551)

perimento hace un mes, desde que no estoy loco, porque yo he estado loco, ¿no es cierto, doctor?...

—Completamente.

—Pues bien: desde que he vuelto á la razón, soy completamente dichoso. Eva viene á verme cada día. Venid: asomaos á la ventana: ¿la veis? Su caballo devora el espacio.

—Sí: la veo. ¿Qué más?

Y el doctor ostenta su eterna y diabólica sonrisa.

—Ella viene á verme,—dice Samuel;—no ha dejado de amarme.

—¿Y vos?

—Hoy la amo.

—¿De veras?

—¡A fe de Samuel!

—¿Pensáis, como antes, en hacerla vuestra querida?

—¡Estáis loco, doctor! Será mi mujer: me casaré con ella.

—¡Bah!

muel, cogiéndola en sus brazos, le da un casto beso en la frente.

—¿Cómo os encontráis hoy, amigo mío? — pregunta la joven.

—Tengo un paraíso en mi corazón,—responde el ex rey de los estudiantes de Heidelberg.

XVI

Repasemos el Rhin.

Atravesemos la verde llanura que domina la flecha de la antigua catedral de Strasburgo; dejemos Oos á la derecha, dirijámonos hacia el N., atravesemos Heidelberg y subamos, á lo largo del salvaje valle de Nekar, hasta Kurbstejn.

Septiembre se acerca. Es la época de la vendimia.

Por los estrechos senderos que serpentean en los flancos de las colinas se ve á las jóvenes con un cesto de racimos sobre la cabeza.

El tonel de Heidelberg, ese tonel grande como una iglesia, se queja de estar completamente lleno y no poder admitir más productos de la vendimia.

Es un mal día para la cerveza: el vino ha triunfado.

Allá arriba, dominando una reunión de viñas, llenas de amarillentos pámpanos, rodeado de antiguos árboles, se ve el caballeresco castillo.

Sus torrecillas grises se pierden en el cielo azul; sus enmohecidos tejados esperan al ave viajera.

Los mirlos silban en el parque; se acerca la noche; en el horizonte, el sol declina y se envuelve en un espléndido manto de nubes púreas.

Pero no es ésta la hora de los fantasmas, creedlo. El parque de Kurbstein ha arrojado al *Enano blanco* y á todos los espectros que en el invierno aparecen á la luz de la luna, bajo los árboles seculares.

La vida real ha reemplazado á la poética vida legendaria.

No se cree en brujerías; pero se festejan las vendimias.

El honrado campesino alemán de la aldea que se extiende allá abajo, al pie de la colina, sube sin estremecerse por ese sendero antes frecuentado por los fantasmas.

La joven campesina ríe al atravesar el parque del castillo, ataviada con sus galas de día de fiesta.

¡Ah! Es que Kurbstein ha abierto sus puertas y el sol penetra por todas las ventanas.

Kurbstein está de fiesta y recibe á sus nuevos señores.

Samuel Kloss, el hijo del buen Sr. Kloss, el gran comediante, vuelve á Kurbstein.

Viene, dicen, para casarse.

Lo cierto es que la víspera, cuando la antigua aldea comenzaba á dormir y el vigilante nocturno había cantado las diez de la noche, después que todos los habitantes de Kurbstein apagaron sus luces y sus hogares, se oyó de súbito, en medio del silencio de la noche, un ruido claro y sonoro, un ruido de cascabeles semejante al grito lejano de las ranas en los bordes de los estanques durante las cálidas noches de junio.

Después al ruido se agregó el resplandor rojo de las linternas de dos sillas de posta, rápidas como el viento, estrepitosas como la alegría.

La primera contenía á Frantz, Fritz, Goliat, Samuel y el doctor de cabellos grises y sonrisa mefistofélica. Los tres estudiantes habían jurado de los errores de su juventud.

Ya no blasfemaban: creían en el honor de las mujeres y desconfiaban de las traiciones del vino.

El segundo carroaje estaba ocupado por Eva; una señora de edad, francesa, que era la verdadera tía de aquella de quien hablaba el viejo Kloss en su testamento, y una religiosa cubierta con el ropaje gris de las hermanas de la caridad.

¡Era esta última una pobre judía, convertida á la religión cristiana, una virgen loca que había expiado los aturdimientos de su juventud, una víctima del amor humano refugiada en el amor de Dios!

Pero cuando las sillas de posta rodaban el día anterior por la mañana sobre el pavimento de Heidelberg, un estudiante que fumaba su pipa en el umbral de la hostelería de *El Príncipe Turco* exclamó, mirando á la hermana vestida de gris:

—¡Es extraño! Dírfase que es Débora, la judía, la querida de nuestro antiguo rey Samuel.

Las dos berlinas de viaje habían llegado á Kurbstein, y Samuel, al día siguiente, se pasaba con el doctor por el vasto salón que en otro tiempo se llamó la sala de las ventanas.

El doctor se había esmerado en su tocado. Su sonrisa era alegre; su traje, completamente nuevo, se había adornado con una flor en el ojal.

La flor en el ojal es, entre los alemanes, signo de una dicha intensa.

Samuel lucía un elegante traje de etiqueta.

En Francia, donde no se respeta nada, se hubiese dicho que llevaba el *traje de los condenados*.

En efecto: Samuel iba á casarse.

¡Sin palidecer y sin quejarse! Con el corazón latiendo regularmente y el rostro sereno, vestido de negro con corbata blanca, como un notario, el antiguo rey de los estudiantes, el ex amante de la condesa Raquel de M., la mujer de corazón de tigre, el vividor impío, Samuel, el ateo, iba á meterse en esa aventura que se llama el matrimonio.

Y el doctor escéptico le decía, riendo siempre:

—¿No echáis, pues, nada de menos?

—Nada, doctor.

—¿Ni Débora? ¿Ni Raquel? ¿Ni París?

—Nada! ¡Nada! ¡Nada!

Pero, al habar así, Samuel se inmutó de súbito. Su voz se alteró, plegóse su frente, su mirada se hizo triste.

—¿Qué os pasa?—preguntó el doctor.

—Pienso en mi padre.

—¡Ah!

—Pobre hombre!—dijo Samuel.—¡Si viviese todavía!

El doctor se enjugó los ojos con la manga y dijo á media voz:

—Más vale que cambiemos de conversación.

—Tenéis razón, doctor. No amarguemos la ventura de este día.

—Amén!—respondió riendo el médico.

—¿Está pronto el contrato?

—Sí.

—¿Quién lo ha redactado?

—El notario de Heidelberg. Es un nuevo funcionario, al que no conocéis.

—A qué hora debemos firmarlo?

—Pues... en seguida.

Tras estas palabras, el doctor se improvisó director de escena.

Sacudió el cordón de una campanilla, y al punto cambió la decoración.

Es decir, que las puertas se abrieron y dos criados trajeron una mesa sobre la cual había dos candelabros junto á una cartera negra.

La cartera de un notario.

Al mismo tiempo se abrieron las puertas laterales, y Eva apareció por un lado, dando la mano á su tía.

Por el otro entraron Frantz, Fritz y Goliat. Detrás de ellos, con los ojos humildemente fijos en el suelo, la hermana gris.

Todas estas personas se colocaron al rededor de la mesa.

—¿Dónde está el notario? —preguntó Samuel.

—Vedle, —respondió el doctor.

Entonces se abrió una tercera puerta. En el salón de las ventanas había cinco.

Por aquella puerta entró un hombre grave.

XVII

Este hombre, de frente calva, de mirada severa, arrancó un grito á Samuel, un grito, el siguiente:

—¡Mi padre!

Y el viejo Kloss, adelantándose hasta su hijo, le cogió una mano y le dijo:

—Cuando se ha estado treinta años representando comedias, bien se puede representar una más, aun después de haberse retirado. Es una manera de hacer el beneficio.

Samuel se arrodilló, y el doctor volvió á pasearse la manga de su traje por los ojos.

XVIII

¿Queréis saber el fin del doctor, del enigmático personaje que tan gran parte ha tomado en la historia que termina con la boda de Eva y Samuel?

Pues tomaos la molestia de enteraros de los párrafos siguientes.

Rodolfo escribía al lado del fuego, con la ventana abierta, en una noche de invierno, serena y fría, esta extraña carta:

«A un ó una desconocida

»Sois una rubia y vaporosa joven que lee á hurtadillas, durante las noches silenciosas, una novela?

»Sois algún sabio misterioso ó bien sois un poeta?

»Quienquiera que tú seas, huésped misterioso de ese aposento, cuya ventana, cerrada con cuidado todo el día, se alumbría discretamente por la noche, y al través de la cual brilla una lámpara hasta los primeros albores de la aurora; quienquiera que tú seas, mujer de angelical sonrisa, grave doctor investigador de los arcanos de la ciencia ó joven poeta soñador de gloria, á ti es á quien dirijo mi despedida, incógnito vecino hacia quien me arrastra una invencible simpatía.

»Yo hace ocho días que vivo en este cuarto.

»Cada noche á las once, cuando me retiro, percibo en la acera de enfrente una ventana cuyas cortinas, corridas con cuidado, dejan filtrar afuera una modesta claridad que no se extingue sino con las estrellas.

»Cada noche me apoyo en mi ventana, y mi mirada se fija en esa luz.

»Algo hay que me dice que allí hay un ser, hombre ó mujer, á quien hubiese amado con amistad leal ó tierno amor.

»Desgraciadamente, no tengo ya tiempo de amar y te envío un adiós, querido vecino á quien nunca veré.

»Mi historia no es muy larga, nada tiene de novelesca, y, no obstante, un resto de orgullo humano me impele á referírtela.

»El viajero fatigado que toca al término de su viaje se vuelve á veces hacia el camino andado y deja escapar un gemido de pena.

»Para algunos, las asperezas de la lucha valen más que las dulzuras del reposo.

»La hora de mi descanso se aproxima. Yo la espero con calma, si no con impaciencia; pero antes de que ella suene ¿por qué resistiré al capricho de arrojar una postre mirada á mi pasado? Tengo treinta años, gozo de buena salud, quizás estaba constituido de manera que pudiese vivir cien años.

»Y, sin embargo, iré al amanecer á dar una vuelta al bosque de Vincennes y me levantaré allí la tapa de los sesos.

»¿Por qué?

»No soy ni un banquero quebrado, ni un asesino perseguido por los remordimientos, ni un amante engañado, ni un marido celoso.

»Voy á matarme simplemente porque ya no hay lugar para mí sobre este grano de arena que gravita en el espacio y que llaman la tierra.

»Nací con 100,000 libras de renta; moriré teniendo en mi bolsillo mi último doblón.

»Ese es todo el misterio.

»Empezar la vida pobemente es tomar gusto al trabajo, es el camino más corto para llegar á ser rico y feliz.

»Pero haber tenido á los veinte años caballos de pura sangre y mujeres de precio, haber bebido el *tokkay* á cubos, fumado verdaderos habanos y jugado al *whist* á veinticinco francos tanto, para despertarse un día al llegar á los treinta, en presencia de una completa ruina, es acabar por donde hubiera sido conveniente empezar.

»Un hombre de mis hábitos no puede vivir sino á condición de ser rico ó de sentar plaza de soldado.

»Si tuviese veinte años, cargaría con el chozo. Si fuese pintor, me daría consuelos el arte.

»Pero sólo soy un pobre vividor y tengo ganas de descanso.

»Cuando recibáis esta carta, caro vecino misterioso, podréis aplicar aquel proverbio chino: «Más vale estar sentado que de pie; más vale estar tendido que sentado, y más vale estar enterrado que acostado.»

»Antonia me ha abandonado hace quince días; mis amigos se han alejado de mí con se-

nil horror; un caballero encorbatado de blanco y vestido con grasiendo frac se presentará mañana á las nueve, dirá que es alguacil y se llevará mi ajuar de casa. Convenid, caro vecino, en que no tengo ya más que hacer aquí.

»Conqué, adiós. Pensad en mí alguna vez y no os acostéis tan tarde. Las largas veladas acaban por alterar la salud.»

XIX

Cuando el barón Rodolfo de Vergniaules acabó de escribir esta carta, se levantó y se acercó á la ventana.

La luz brillaba siempre en la otra acera tras las cortinas, cruzadas con cuidado, de aquella ventana, que hacía ocho días excitaba la curiosidad del vividor gastado.

—Veamos,—se dijo.—Hagamos como los muchachos á quienes duermen con un cuento de hadas. Soñemos un poco antes de dormir. Allí hay quizás una mujer joven y hermosa, una mujer á quien yo hubiera y que me habría amado.

Lanzó un suspiro de pesar, y su mirada se fijó de nuevo en aquella estrella artificial que parecía no brillar más que para él.

Mas un rayo de ópalo descendió bajo el cielo, la luz se apagó, y el pecho de Rodolfo dejó escapar su último suspiro.

—;Vaya!—dijo.—Llegó el fin. Caiga el telón. Se acabó la comedia.

El barón Rodolfo se quitó su bata, se vistió con minuciosidad, ni más ni menos que si hubiera debido batirse de allí á una hora; buscó después sus guantes, su bastón y su sombrero, colocó un arma de fuego en el bolsillo y salió sin hacer ruido.

Apenas había aun amanecido, las calles estaban tranquilas, el piso seco, el aire era frío y sutil.

Rodolfo levantó el cuello de su paletó para abrigarse las orejas, enfundó el resto de la cara en una bufanda de seda blanca y bajó á la calle.

En el umbral de su casa, alzó de nuevo la cabeza antes de tomar la acera y miró á la ventana de la casa vecina, donde hacía un momento brillaba aún una lámpara nocturna.

—;Adiós!—repitió.

Y dió un paso adelante. En este momento, un carruaje dobló la esquina de la calle Taitbout (esto pasaba en la calle de San Lázaro) y vino á detenerse precisamente ante la puerta de aquella casa donde habitaba la persona misteriosa.

Se abrió la portezuela. Dejóse oír el roce de un vestido de seda; una mujer posó su pie, calzado de raso blanco, sobre la arena, en tanto que su mano enguantada tiraba con viveza del botón de la campanilla.

Rodolfo se detuvo, ofuscado.

Aquella mujer era joven, deliciosamente hermosa, y su albornoz de cachemir blanco, forrado de rosa, indicaba que volvía de un baile.

La puerta se abrió, desapareció la mujer, y el carruaje se alejó.

Rodolfo se puso á suspirar.

—Esto sí que es duro,—se dijo.—¡Ir á matarse y dejar tras de sí una criatura semejante! Si me quedasen cincuenta luises, viviría ocho días más... por curiosidad.

Pero como el barón Rodolfo no tenía los cincuenta doblones, sepultó las manos en los bolsillos de su paletó y apretó el paso.

Cuando llegaba al ángulo del arrabal Montmartre, fué detenido por uno de esos modernos filósofos que se condecoran con el nombre vulgar de traperos.

—Caballero,—le dijo este hombre,—¿podrías decirme qué hora es?

—Mi amigo,—respondió el barón,—nunca me he levantado tan temprano, é infortunios largos de contar me han forzado á separarme de mi reloj. No obstante...

Rodolfo no terminó la frase comenzada. Una sensación extraña de frío le sobrecogió, sus labios entreabiertos se cerraron bruscamente, sus ojos se quedaron pasmados, su corazón cesó de latir, hizo una pirueta en torno suyo y se dejó caer hacia atrás, haciendo esta oportuna reflexión:

—La Providencia es para mí de sin igual bondad. Me ahorra el trabajo de levantarme la tapa de los sesos, matándome de un ataque de apoplejía. ¡Sin embargo, no tenía el pescuezo tan corto!...

El barón Rodolfo cerró los ojos, y el traperero, que quiso levantarla, creyó que estaba muerto.

Mientras el futuro suicida creía sucumbir de un ataque de apoplejía, la puerta que se había cerrado tras de la bella desconocida que volvía del baile se abrió para dar paso á un hombre de edad madura, que siguió con paso rápido el mismo camino que había seguido el barón Rodolfo.

Este hombre vió un grupo de tres personas: el traperero y dos barrenderos, que hacían corro al rededor del barón, y se acercó á él, diciendo:

—Soy médico.

XX

¿Qué edad tenía?

Cuando estaba sentado ante su mesa de trabajo, con la frente encorvada sobre algunos empolvados mamotretos, y dejaba visible un cráneo amarillo y lucente, hubierais apostado que tenía setenta años.

(Se concluirá)